

LAS RECONCILIACIONES

EPOCA de reconciliaciones. Los acontecimientos políticos de estos días inspirarían más bien un madrigal o una égloga que una crónica. Ya recordaron a Ronsard los protagonistas de la primera reconciliación de esta etapa, Adenauer y De Gaulle. «La amistad entre Francia y Alemania es como una rosa de la que brotarán siempre flores y capullos», dijo el canciller: «Nuestro tratado no es una rosa, ni siquiera un rosal: es una rosa. Una rosa sólo dura el espacio de una mañana. Y lo mismo una muchacha. Pero una rosa dura más tiempo, cuando se quiere», contestó, galante y lírico, el general De Gaulle. ¡Vieja escuela! Esto sucedía en 1963. Comenzaba la década de las reconciliaciones. Hemos llegado ahora a la de los viejos enemigos asiáticos, Japón y China. Tanaka, primer ministro japonés, ha visitado Pekín, ha dedicado cálidos elogios a la ciudad que fue objetivo de conquista de sus antepasados y ha pedido perdón por ellos. Tanaka está arrepentido de los crímenes de guerra cometidos por el Japón en China... Las relaciones se reanudan con todo esplendor, mientras en la sombra se rompen las que el Japón tenía con Formosa. Duraron veinte años: «l'espace d'un matin». Fueron también líricas y conmovidas. Hubo hasta un tratado; ha durado menos que una muchacha. Los formosanos dicen la clásica frase de: «Más pierden ellos»; aseguran que Japón vendía más en sus islas que en el continente. Pero los computadores japoneses tienen ya sus cálculos hechos: los mil millones de dólares del comercio entre Japón y China en estos momentos se convertirán en cinco mil millones en 1977; llegarán a 11.000 millones en 1982.

PORQUE el mundo que se está calculando ahora es el de 1982, y aún más allá: el de dentro de diez años, o el de dentro de veinte, o de un cuarto de siglo. Es el sentido de las reconciliaciones. Es el sentido de la gran carrera hacia Pekín, enorme olimpiada política, en la que no se quedan atrás las damas —Farah Diba ha negociado ya con Chu-En-lai— ni los más conspicuos contrarrevolucionarios. Setenta y tres países han reconocido ya a China: bastantes más de la mitad de cuantos están representados en las Naciones Unidas. Todo el mundo se quiere quitar sus contornos de encima. Negocian las dos Alemanias, negocian las dos Coreas. ¡Adiós, doctrinas! Pero, ¿qué eran las doctrinas, sino otra manera de comerciar?

CASI el mismo día en que Tanaka llegaba a Tokio, después de la paz con China, Nixon firmaba en el Salón de Tratados de la Casa Blanca la resolución del Congreso, por la que éste ratifica el acuerdo Nixon-Brejnev: cinco años de bloqueo en la construcción de armas nucleares de las llamadas «ofensivas» por parte de los dos países. Es una noticia recuperada: fue nueva cuando, hace cinco meses, se decidió la cuestión durante la visita de Nixon a Moscú, en un gran acto reconciliativo. Se recupera ahora, y se le da énfasis, pompa y esplendor, porque forma parte de la campaña electoral de Nixon y del robo de temas a la oposición de McGovern. Puede éste prometer términos de paz: Nixon los firma. Simultáneamente se firmaba otro acuerdo entre los dos países, el de colaboración y ayuda mutua en la utilización de la energía nuclear para usos pacíficos.

EL acuerdo forma también parte del mundo de 1983. Si realmente es algo más que una formalidad, un signo, un apoyo soviético a Nixon en el momento electoral, y los dos países suman sus experiencias y sus realizaciones en la fabricación de los reactores termonucleares y en el control de las radiaciones, la velocidad en este camino científico se multiplicará, y algunas de las realizaciones que se esperaban para dentro de veinte o treinta años podrán conseguirse dentro de cinco o diez.

NATURALMENTE, es fácil atribuir a la coyuntura electoral algunos de estos cambios primordiales. No nos engañemos demasiado por este argumento. Otros Presidentes se han visto antes que Nixon en el trance de ganar una reelección, y no por ello han acudido a Moscú y a Pekín. Que se lo pregunten al mismo Nixon, que antes vistió la casaca del guerrero frío y dedicaba las más ásperas palabras de su vocabulario, que ha sido siempre muy directo, para calificar a quienes ahora visita con el traje del negociador sonriente. Cuando un político realiza ciertos actos que contradicen su personalidad anterior, y con ellos piensa obtener más votos, es porque la presión pública lo exige así. Es decir, gobierna o trata de gobernar con los temas que constituyen una mayoría. Hay momentos en que las «élites» no pueden contrariar demasiado a las mayorías. Procuran asumir ellas mismas la nueva situación. En algunos países que poseen una cierta forma de ética política, esto se produce mediante el oportuno cambio de hombres:

Chu-En-lai y su colega japonés, Tanaka, brindan en el Salón del Pueblo, de Pekín.



Y LOS PAISES COMUNISTAS

Eisaku Sato ha debido ceder el puesto a Tanaka para que un primer ministro japonés no contaminado por la guerra fría pueda ir a Pekín, Adenauer y sus sucesores demócrata-cristianos no consiguieron dar agilidad al partido para adaptarse a la nueva situación, y tuvieron que ceder el puesto a Willy Brandt para que Alemania Federal pudiera negociar con los países del Este y con la República Democrática de Alemania. En Estados Unidos, la forma de ética política es ahora distinta, y puede bastar con que un mismo hombre cambie de piel y de vocabulario. Lo que importa es el hecho. Nixon está dejando vacía la doctrina de McGovern, y prácticamente el último punto que le queda a éste es el de la guerra de Vietnam: la velocidad negociadora de este último mes, los viajes de Kissinger y de otros enviados especiales, han dejado lugar a un extenso rumor de que el alto el fuego puede conseguirse antes de las elecciones: y Nixon ha anunciado ya en un discurso que los Estados Unidos retirarán no sólo los soldados, sino el apoyo aéreo y naval a Vietnam del Sur. Es posible que en esta epidemia de reconciliaciones pueda llegarse pronto a la de los dos fragmentos de Vietnam en guerra, sobre las bases propuestas de Gobierno neutralista y elecciones generales para la reunificación con libertad de voto garantizada.

SIN embargo, algunos acontecimientos aislados nos permiten recordar que la voluntad unánime de reconciliación y de grandes construcciones internacionales puede hacer pensar en la conveniencia de las poblaciones más que en la de las empresas multipacionales, las aperturas de mercados o el desarrollo del dinero. Un acontecimiento de esta índole puede ser el voto negativo de Noruega en el «referéndum» plantado por el primer ministro —como consulta— para la entrada del país en el Mercado Común. (Cuando escribo, no dispongo aún del resultado del «referéndum» hecho con la misma intención en Dinamarca.) Quizá para los grandes magnates del europeísmo, la defección de Noruega, y aun la de Dinamarca, si se produjese, no suponga un problema, sino más bien un cierto alivio. Desde un punto de vista económico, más complicaba la cuestión que la facilitaba. Es la cuestión política la que más importa. Noruega, con su voto, ha dado una cierta forma visible y efectiva a ciertas formas de protesta de partidos populares —los comunistas y los socialistas, principalmente, con muchos núcleos católicos— de que la Comunidad Europea se presenta como una empresa capitalista, y se hace por arriba, por los negocios y sus representantes, y no por abajo, por los intereses directos de sus poblaciones. Es, en suma, el tema del Parlamento europeo —tema subterráneo de la conferencia de los Diez, ahora Nueve y quizá ya Ocho, si se hubiese ido también Dinamarca— el que se plantea en el voto noruego. Es decir, la necesidad de que la institución política europea se construya directamente a partir de los pueblos o a partir de las burocracias reinantes. Otros temas políticos plantean la salida de Noruega de la Comunidad; como, por ejemplo, lo que se ha llamado la «finlandización» de Escandinavia, o su tendencia al neutralismo. El voto noruego no es sólo frente al Mercado Común, lo es también frente a la OTAN, y en la Conferencia de Seguridad Europea, que Noruega y algún otro país puedan salirse de las filas de Occidente, es una cuestión que importa. Quizá el voto noruego puede tener otras influencias políticas en Europa, y es posible que pese notablemente en la conferencia del partido laborista inglés de Blackpool, donde un cierto número de personas del centro y de la izquierda son opuestas a la entrada británica en el Mercado Común por razones que son muy próximas a las noruegas, y a las que el precedente de su antigua compañera en la Asociación del Libre Comercio puede dar nuevos ánimos.

EN general, hay pocas sospechas de que esta otra gran reconciliación, la de las naciones europeas conmovidas durante siglos por guerras que ahora comienzan a verse como civiles, como interiores, pueda deshacerse. Es más bien irreversible. Lo que está en discusión, en este momento en que se forma, es su institucionalización, su contenido, su carácter. En el mundo de la década próxima, el funcionamiento europeo como unidad relativa estará, sin duda, definitivamente adquirido. Por lo menos, en cuanto a Europa Occidental. La cuestión de las relaciones y la intimidad entre las dos Europas comienza ahora a desperezarse. Nixon recibió el lunes a Gromyko en la Casa Blanca: el tema era el de la Conferencia de Seguridad Europea (cuyos preliminares quizá no empiecen en noviembre, como se había dicho, sino en enero), para dar tiempo a una conferencia bilateral URSS-USA sobre la reducción de tropas de los dos países en Europa.

OTRA reconciliación que puede ser espectacular es la de China y la URSS. Sería un tratado previo a una reconciliación política de mayor envergadura: un tratado sobre cuestiones fronterizas. Como se sabe, China reivindica territorios que hoy están incluidos en la Unión Soviética, desde la época en que China fue privada de ellos, por los que dichos países llaman los «tratados desiguales», en la época de los Zares, y han producido encuentros sangrientos en los años recientes entre los dos países. Las negociaciones se mantienen desde 1969, y no parece que ninguno de los dos países ceda en sus puntos fundamentales: el acuerdo sería el de desmilitarizar la zona por las dos partes —para evitar choques y tensiones, y en muestra de confianza mutua— y confiar el arreglo futuro a una comisión «ad hoc»: es decir, dejar de lado el gran contencioso, marginarlo, sin renuncia de ninguno de los dos países, para poder continuar una mejora de relaciones que hasta ahora estaban bloqueadas por ese problema.

Según una información de la agencia Efe, «López Bravo y Huang Hua se encontraban en el Indonesian Lounge de las Naciones Unidas cuando se presentó Gromyko. El primer ministro soviético se sorprendió, pero reaccionó inmediatamente y saludó con todo afecto, sonriente, a su colega español. El embajador chino, sin embargo, le estrechó la mano secamente». De estos gestos deduce la agencia que la anécdota «revela el punto a que ha llegado la política exterior española». La anécdota no revela absolutamente nada. Y la noticia no aclara bien si el ministro español y el representante de China en la ONU estaban juntos o separados, ni explica por qué razón se sorprendió Gromyko, si es que se sorprendió, ni el valor que tiene la sonrisa y la sequedad como reveladores de algo. Por ejemplo, China y la URSS están a punto en estos momentos de firmar un tratado fronterizo que sería excepcionalmente importante, porque puede iniciar una reconciliación política más amplia, que se está presintiendo desde la desaparición de Lin Biao, la nueva diplomacia conciliatoria china y la lenta y discreta maniobra de reposición de algunos valores y personas apartados por la Revolución Cultural.

La política exterior española con respecto a los países de régimen comunista tiene algunos otros exponentes en estos días. Después de la firma en París de un tratado comercial, que provocó numerosos rumores y comentarios diplomáticos, sobre todo en torno a la reanudación de unas relaciones formales, López Bravo ha pasado dos horas con Gromyko: no ha habido detalles, pero sí un comentario de López Bravo acerca de la posibilidad de que, en pasos sucesivos los dos países podrán conocerse mejor para ir eliminando suspicacias. Ha citado como pendiente el viejo problema del oro (la República en guerra envió el oro del Banco de España a la URSS; ésta asegura que fue un pago de su ayuda material y que está amortizado; España mantiene que fue un depósito para salvarlo de la guerra y que debe ser devuelto). La cuestión del oro ha quedado salvaguardada por España en el curso de las negociaciones de París; nada impediría, probablemente, que quedase también pendiente después de una reanudación de relaciones diplomáticas, si las hubiese, en lugar de considerarlas como un elemento previo.

El otro signo es el de la invitación a López Bravo por el embajador de China en la ONU para que asista a una recepción en su delegación. Es de notar

que el acto puede carecer de significado si la recepción se extiende a todas las delegaciones de la Asamblea General de la ONU, aún teniendo en cuenta que los dos países no mantienen relaciones diplomáticas (España las tiene, y muy buenas, con Formosa), pero que puede pasar a tenerlo en el curso de esa recepción; y probablemente (imaginamos) ha habido y hay algunos otros contactos officiosos. López Bravo ha dicho a los periodistas españoles que la política exterior que conduce se basa en tres elementos: «serenidad, diálogo, pragmatismo». La serenidad, realmente, no hay ningún motivo para perderla, en esta cuestión de las relaciones con el Este, puesto que no hay amenaza ni presión, a no ser la presión del tiempo (se está construyendo un nuevo sistema mundial de la paz y de cooperación; se construye con una cierta velocidad, y no conviene perder tiempo). El diálogo y el pragmatismo están presentes en estos contactos de la Asamblea General. La cuestión tiempo la aborda López Bravo con una frase que le es familiar, y que también hemos escuchado a otras personas de autoridad: no hay prisa, no hay por qué quemar etapas. Podríamos decir que no es original de su Ministerio, sino propia de la política general española desde 1939. Tiene un ritmo propio, en el interior y en el exterior.

No debemos desconocer el peso de la política interior en el desarrollo de la exterior y el trasvase de ese ritmo de dentro a fuera. Hay en nuestro país importantes grupos, en número y en influencia, que consideran en primer lugar la política ideológica sobre el pragmatismo, sobre la «realpolitik». Parecen temer estos grupos que la práctica de relaciones más abiertas o más directas con países de ideología distinta a la que sostiene el Estado español en sus principios fundamentales podría llegar a adulterar estos, como temen que pudieran también ser adulterados por variaciones mecánicas de la administración política, que a otros sectores de la nación les parecen necesarias para el ajuste con la política europea y finalmente con la global. Es de notar que estos últimos sectores no son menos adictos a las ideologías y a los principios fundamentales, y que incluso creen que su mejor defensa está en las variaciones estrictamente mecánicas; acusan a los otros de que precisamente dar carga ideológica a la reforma formal entraña un peligro para la ideología, porque la reforma formal es inevitable.